Hotel Ocupado

FERNANDO CARPENA

DiQueSí

© del texto, Fernando Carpena

© de las ilustraciones, Fernando Carpena

© Ediciones DiQueSí

28022-Madrid

www.edicionesdiquesi.com

novedad@edicionesdiquesí.com

Diseño: Estelle Talavera

ISBN: 978-84-121529-4-4

Depósito Legal: M-19510-2021

© Todos los derechos reservados

1ª Edición: Madrid, 2021

Impreso en España por Estilo Estugraf, S.L.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Hotel Ocupado

1
Elanfitrión

¡Qué alegría verte!

Pocos tenéis el coraje de acercaros aquí a estas horas. La luna desciende y no falta mucho para el nuevo día. El tiempo que nos queda es corto y la historia que deseas oír dura más que la noche.

Ten cuidado en dónde apoyas el pie. Algunas de estas tumbas tienen siglos, y pueden desmoronarse si caminas sobre ellas. Supongo que no quieres terminar dentro de un pozo, sobre un ataúd de madera podrida, entre huesos y arañas muertas, ¿verdad?

Sigamos por este camino. ¿Por qué no te acercas? Si has hecho las cosas bien, no corres peligro. ¿Has quemado las seis cebollas? Perfecto. ¿Tienes las plumas de búho? Me alegro. ¿Y el agua oscura? ¿La traes contigo? Muy

bien. Eso debería bastar. No tengo posibilidad alguna de hacerte daño, aunque quisiera. Distinto habría sido si las cebollas hubieran sido cinco o siete, o si las plumas, por un lamentable error, hubiesen pertenecido a una paloma o a un cuervo.

Ya estamos cerca. Te contaré lo que has venido a escuchar, pero, antes de que palabra alguna salga de mi boca, quiero que veas la casa.

¡Ah! ¡Ahí está! ¡Ahí la tienes, frente a tus ojos! ¿No es bonita? Mira cómo resplandece bajo los rayos de luna. Veinte habitaciones, y gran parte de ellas con vistas al acantilado. No te preocupes, no nos acercaremos al borde aún. La caída hasta el mar es larga, y nadie podría salir vivo de semejante experiencia.

Lo creas o no, esta casa vio amaneceres desde mucho antes que tus abuelos pisaran el mundo. Es tan vieja que sus leyendas se inventan fácil.

Si preguntas a los del pueblo, llegará a tus oídos la historia de la familia que huyó en mitad de la noche, tras escuchar cómo unas uñas afiladas rasgaban la pintura desde detrás de las paredes. No faltará quien te hable del piano embrujado y de su música triste. O de las hamacas que se mueven solas, empujadas por algo que no es viento, o sobre esos días en los que llueve solo ahí, mientras las nubes flotan sin voluntad de tormenta en el resto del pueblo.

Perdona mi entusiasmo. Mi amor por este sitio es inmenso, adoro cada uno de sus olores, cada uno de sus rincones, cada flor de su jardín. Pero tú no buscas cuentos para asustar a niños; tú quieres entrar en la casa y saber lo que ocurrió. Quieres escuchar la verdadera historia, sin disfraces ni secretos.

Pues bien, es hora de empezar. Sentémonos en este tronco, que los relatos se escuchan mejor con los pies quietos. No te preocupes. Si no huyes espantado por mis palabras, nos iremos acercando con cautela hasta la entrada, e incluso, si el peligro nos ignora, podremos visitar el gran salón.

Todo empezó una noche tan oscura como esta, en medio de un vendaval, con el océano rugiendo alborotado. Todo empezó con una vieja camioneta, cargada de equipaje, de trastos y de esperanza. Con una familia cansada de un viaje largo y con un gato que, como suele ocurrir, pudo mirar lo prohibido pagando un alto precio. Todo empezó con un engaño, y con una frase repetida al mismo tiempo.

Todo empezó con dos puertas.

Y terminó con una.

2

En casa

—¿En serio vamos a vivir aquí?

Iván se esforzó en mostrar su decepción al decir estas palabras. Era importante que sus padres notaran su fastidio. Desde la jaula de plástico que sostenía en su mano, se escapó un maullido apagado. A Caligari tampoco le gustaba su nuevo hogar.

Muchos metros sobre sus cabezas, los relámpagos dibujaban, durante el instante terrible en que su luz despejaba las sombras, la decadencia de esa enorme casa que alguna vez fuera hermosa. Una enredadera espesa subía por el muro que daba al mar y se sacudía en lo más alto, dándoles algo de vida a unas gárgolas de piedra gris.

Gran parte de las tejas estaban rotas, y pocas eran las ventanas con los cristales enteros. Pese al

viento furioso, podían oírse los chillidos de los murciélagos y el romper de las olas contra las rocas de la costa.

—¡Claro que sí, hijo! Ya verás, con un poco de pintura y buena voluntad, este lugar va a parecer un palacio. ¡No te dejes llevar por la primera impresión! Es de noche, está oscuro y estamos cansados, ¿o no, Wendy? —respondió Rubén mientras cargaba con las maletas y las bajaba de la camioneta.

—Que estamos cansados no lo discuto… Pero me parece que vamos a necesitar algo más que pintura para que este sitio parezca un hotel —respondió su esposa, con una sonrisa que fracasó en ser cálida.

Habían invertido los ahorros de toda su vida en comprar ese lugar y, por el momento, no se parecía en nada al hogar sus sueños.

—Bueno, bueno, lo reconozco. Pintura y madera y cristales nuevos y clavos y cañerías y cemento. Por el precio que pagamos, no podíamos pretender que nos esperaran con una alfombra roja bajo nuestros pies.

Eso era cierto. El precio de la casa había sido bajo. Sospechosamente bajo, según Wendy. Pero el señor Piña les había asegurado que la propiedad era fuerte, que había sido construida con materiales de primera y que había resistido los dientes del viento durante años, sin más queja que algunos crujidos de la madera. El agente inmobiliario

tenía todo listo para ser firmado, y un poder total sobre la propiedad obtenido de formas misteriosas, ya que los últimos dueños de la casa habían fallecido hacía tiempo y ningún heredero había reclamado la mansión.

No hizo comentario alguno sobre las historias que de ella se contaban. Y (en esto puso especial cuidado) también le pareció conveniente evitar mencionar un pequeño detalle: la casa se estaba desmoronando. Los cimientos sobre los que se apoyaba, golpeados por el aire marino y el salitre, estaban débiles y agrietados. Si la mansión seguía en pie, era por algún milagro arquitectónico sobre el que no tenía intención de indagar. Ese era el principal motivo de su urgencia por venderla: quería que el problema fuera de otros lo antes posible.

Para eso, nada mejor que un precio tentador, un elogio desmedido del paisaje y la reducción de estos graves problemas a la categoría de «detalles de terminación». La trampa perfecta para que algún pez distraído picara.

Y un pez llamado Rubén mordió el anzuelo. Tenía una esposa, Wendy, y un hijo adolescente, de unos trece o catorce años, llamado Iván. Una familia de esas que se hartan de la ciudad, con sueños que imaginan que merecen ser cumplidos y con algo de dinero listo para ser usado en un futuro mejor.

La primera reunión entre el señor Piña y sus víctimas fue en casa de ellos, en la que les mostró más de cien fotos de esa mansión en la otra punta del país (retocadas a conveniencia con esos programas informáticos que permiten que las actrices no tengan arrugas, los vehículos no tengan rayones y las casas no parezcan a punto de desplomarse), en las que se la veía brillar bajo el sol del verano.

Brillar, lo que se dice brillar, brillaban los ojos de Rubén. Los de su esposa también lo hacían, aunque con ese resplandor más apagado que da la cautela. Wendy siempre había sido más precavida que su marido, y era la encargada de que su esposo pusiera los pies en la tierra. En la vida, le había tocado ser más cerebro que corazón. Si los del hijo brillaron, poco importó. Él no era el dueño de la cuenta bancaria, así que el trato del señor Piña hacia Iván fue saludarlo al entrar, despedirse al salir y preguntarle dónde estaba el cuarto de baño.

Qué cosa cruel, jugar con los sueños de otros. Porque sueños eran los que tenía esta gente entre sus manos. Después de años de trabajar en hoteles ajenos, haciendo que todo funcionara como un reloj, Rubén y Wendy comenzaron a imaginar uno propio, un pequeño paraíso con el que ganarse el pan y en el que su hijo pudiera crecer, teniendo al mar como vecino de enfrente.

FRAGIL

El encuentro con el señor Piña los dejó con la sangre alborotada. Emocionados con esas fotos que creyeron verdaderas, empezaron la noche haciendo cuentas y la terminaron decidiendo el color de las toallas y de las alfombras, mientras Caligari maullaba, molesto por su plato casi vacío.

Rubén pidió velocidad; Wendy, calma; y el gato, comida. Iván, mientras tanto, lo único que necesitaba era que sus padres le dejaran ver la televisión en paz.

Un día se firmaron papeles, el dinero cambió de manos, las llaves también y las sonrisas fueron de todos. Se convirtieron en los flamantes dueños de una mansión victoriana con vistas al Atlántico, con los ya mencionados «detalles de terminación». Nunca imaginaron el tamaño de esos detalles. Nunca nadie se los imagina.

Y así, la noche que llegaron, la de la tormenta, Wendy revolvió su bolso en busca del gran manojo de llaves que el señor Piña les había entregado. Encontró la de la puerta de entrada al mismo tiempo que las primeras gotas de lluvia comenzaban a caer.

—¡Venga, que está empezando a llover! ¡Nos vamos a empapar! —se quejó Iván.

—¿Preparados? —preguntó Wendy, emocionada, mirando a su familia.

Rubén asintió con fuerza, con los puños apretados por los nervios. Iván resopló y miró el cielo gris y los árboles que se inclinaban por el vendaval.

—¡Más que nunca! —declaró Rubén—. El señor Piña dijo que nos había preparado una habitación para pasar la noche. Mañana, con el sol, podemos recorrer la casa con calma.

Una nueva vida estaba a punto de comenzar al otro lado de ese umbral.

«Bueno —se dijo Wendy—, no hay que tener miedo a los sueños. Ni siquiera a los que se cumplen».

Y abrió la puerta.

Rubén tanteó la pared en busca del interruptor de luz. Lo encontró, y esa fue la primera buena noticia: había electricidad. Pudieron ver que estaban en un salón amplio, con ventanales inmensos (que, en ese momento, daban hacia la oscuridad) y muebles cubiertos con sábanas. En las paredes había retratos de personas desconocidas, y a la derecha, una escalera de mármol conducía al piso superior. Pese a la suciedad, pese a las telarañas, pese al olor a orina de roedor, la casa no ocultaba su belleza. Y eso fue suficiente para tranquilizarlos.

Iván se agachó y le abrió la jaula a Caligari. El gato, acostumbrado al mundo estrecho por haber crecido en un piso, olisqueó el aire nuevo y se lo pensó un buen

rato antes de salir a explorar. Ni siquiera dos ratones que escapaban de las luces repentinas fueron motivo suficiente para abandonar el sitio en el que había pasado las últimas doce horas. Nadie le prestó atención, concentrados en admirar cómo es un sueño cuando toma forma.

Lo que no sabían (lo sabrían después, en la noche de las pizzas) es que, al mismo tiempo en que ellos entraban por la puerta principal, otra familia lo hacía por la trasera.

Ambos padres (Rubén y el otro) hicieron lo mismo. Avanzaron algunos pasos hacia el interior, dejaron el equipaje en el suelo, exhalaron con satisfacción y se pusieron las manos en la cintura.

Y luego, los dos dijeron al mismo tiempo:

—Al fin en casa.

3

La otra familia

Había una vez una casa. Otra casa. Distinta, aunque igual de polvorienta que la del capítulo anterior.

La ciudad se había expandido con rapidez, y ahora, como a veces se piensa de las cosas viejas, afeaba el paisaje, allí, apretada en medio de edificios altos.

Los dos hombres entraron despacio, pese a saber que el sitio estaba abandonado y que el reloj marcaba las primeras horas de luz. Ambos estrujaban contra el pecho sus cascos y observaban las paredes con fascinación y temor.

El primero de ellos, bajo y rechoncho, se detuvo. Ya había visto todo lo que tenía que ver y solo quería salir de ahí.

—Bueno, muy bien. Ya hemos venido y ya hemos visto. ¿Podemos irnos?

El otro, más delgado y más alto, avanzó por el pasillo.